

HILDEGART es un nombre que no existe. En Alemania, en los países sajones, es relativamente frecuente el nombre de Hildegard —terminado en d y no en t—, de santa Hildegarda, mística y fundadora benedictina alemana. Aurora Rodríguez inventó el nombre de Hildegart, tomándolo de las palabras «hilde», conocimiento o sabiduría, y «gart», o jardín: trataba de que su hija fuese un «jardín de sabiduría».

Como inventó el nombre, inventó a la hija. Hildegart debía ser una especie de Mesías, redentora de las mujeres oprimidas, liberadora de la Humanidad. Debía llegar a ello por el estudio y el trabajo, y por una especie de ascesis. Estuvo a punto de conseguirlo, o creyó que estaba a punto de conseguirlo. Hizo, en efecto, una niña prodigio en una materia en la que no se conocen otros casos: en la política. A los dieciocho años, Hildegart era una personalidad política en la República Española, mantenía correspondencia con algunas de las personalidades más interesantes del extranjero —H. G. Wells, Havelock Ellis—, publica libros con ideas de las que fue precursora... Pero su madre la mató. Creyó que había fracasado, que se había apartado o que estaba a punto de apartarse de la misión para la que había sido creada. Por paradójico que parezca en una vida tan llena de errores como la de Aurora Rodríguez, su mayor error fue cuando quiso rectificar los anteriores. Es muy posible que Hildegart, si hubiese continuado viviendo, hubiese representado un papel trascendental en los movimientos de liberación de la mujer.

En busca de un mundo nuevo

Aurora Rodríguez nació en El Ferrol, en 1890. Se desarrolló y se instruyó en la España del desastre, del pesimismo histórico. Era muy afecta a su padre, hombre delicado, inteligente y bueno, y opuesta a su madre, a la que acusaba de frívola; un hermano y una hermana mayores estaban «en el otro bando». Las circunstancias ayudaron esa situación:



Hildegart era ya a los dieciocho años conocida en Europa por sus trabajos sobre sexología y sus actividades políticas dentro del campo de la izquierda.

VIDA Y MUERTE DE HILDEGART

Eduardo de Guzmán fue un joven periodista brillante en la República española. Sus reportajes estaban llenos de brío y entusiasmo. Tras la guerra civil, se dedicó a otros campos literarios. Guzmán ha publicado ahora un libro sobre un caso famoso de su época de periodismo activo: el de la prodigiosa Hildegart, que a los dieciocho años tenía fama en toda Europa por sus trabajos en defensa de los derechos de la mujer y sobre sexología, y que participaba muy activamente, dentro del campo de la izquierda, en la política española. Hildegart fue preparada para todo ello por su madre, Aurora Rodríguez, que fue quien la asesinó. Guzmán, compañero de Hildegart en alguna redacción, conversó después largamente con Aurora, quien le hizo algunas singulares confesiones. El libro se titula «Aurora de Sangre», y está publicado por G. del Toro, editor. Tomamos de este libro la línea general del relato de la increíble historia de Aurora y Hildegart Rodríguez. En este caso, no hemos realizado ninguna otra investigación o aclaración por nuestra cuenta; somos, por lo tanto, tributarios absolutos de lo relatado por Eduardo de Guzmán.

murió la madre, los hermanos se fueron y Aurora quedó sola con su padre. Y con la biblioteca de su padre. A los catorce años, Aurora Rodríguez quedó fascinada por los pensadores que descubrió en aquella biblioteca de liberal ferrolano: Owen, Cabet, Saint-Simon, Fourier... ¡Los socialistas utópicos! Tenía un claro sentido de la justicia y la injusticia, de las desigualdades sociales... Y aquellas lecturas le hicieron concebir la posibilidad de un mundo nuevo. Llegó a proponer a su padre la creación de un falansterio. El liberal escéptico trató de disuadirla, pero llegó él mismo a contagiarse de la joven fe. Estaban a punto de comprar una finca en Alcalá de Henares para fundar un ensayo de socialismo utópico —tenían una fortuna aceptable—, cuando el padre murió. Y todo quedó en una utopía de la utopía.

Casi al mismo tiempo sucedió otro acontecimiento familiar. Pepina, la hermana mayor de Aurora, tuvo un hijo natural. Todo el que se aproxima a los cincuenta años recordará el nombre de Pepito Arriola: este pianista infantil prodigioso fue el hijo de Pepina, el sobrino de la pequeña Aurora. El pequeño fue llevado a casa de sus abuelos, mientras Pepina continuaba fuera su vida. Aurora jugaba con él, Aurora le sentaba junto a ella al piano... y un día, este muñeco inverosímil se sentó al piano y repitió una jota que Aurora acaba de interpretar. Pero mejorándola, obteniendo nuevas tonalidades, un brillo especial. Algo así había pasado dos siglos antes con el pequeño Mozart...

Pero Pepito Arriola nunca fue un Mozart. El prodigio de su infancia no se confirmó de mayor, y cuando creció fue un pianista corriente. Para Aurora Rodríguez, la creación de este monstruo del teclado, que en alguna forma se atribuyó a sí misma, fue motivo de exaltación y también de tristeza. Cuando fue un objeto valioso se lo arrebataron: fue entregado a un profesor de música y luego comenzó su vida de concertista internacional. Su madre lo recuperaba. Aurora nunca se repuso de este dolor. Cayó en la soledad. La enriqueció con la lectura y el estudio y concibió la idea de crear su propio hijo pro-

NIÑA PRODIGIO DE LA POLÍTICA ESPAÑOLA, DE LA SEXOLOGÍA Y DEL DERECHO, FUE ENGENDRADA Y EDUCADA PARA LA LIBERACIÓN DE LA MUJER.



Rumanía, país latino, le espera en cualquier época

- Las playas doradas del Mar Negro: Mamaia, Saturn, Eforie.
- Delta del Danubio, fantástico imperio de las aguas y los pájaros.
- Turismo y alpinismo en los montes CARPATOS.
- Monasterios e iglesias, con pinturas en el exterior, de 5 siglos de antigüedad.
- Auténtico folklore, monumentos medievales y modernos.
- Curas en Balnearios.
- Tratamientos geriátricos.

Rumanía le ofrece:

- Hoteles confortables, night-clubs y casinos.
- La calidad de su cocina y sus vinos.
- Carreteras modernas y despejadas.
- Numerosas excursiones al interior del país y al extranjero.
- Rent-a-car, Carpati.
- Visado de entrada en los puntos fronterizos. Estancias a todos los precios.

Información en su Agencia de Viajes o en la Representación Consular y Comercial de la República Socialista de Rumanía, Avda. Alfonso XIII, n.º 157, Madrid (16). Tels. 259 08 20 / 457 97 49

VIDA Y MUERTE DE HILDEGART

digio. Que debía llegar mucho más allá que Pepito Arriola.

Ideas de «women's lib»

Aurora Rodríguez, desde niña estaba angustiada por la condición femenina: el servicio al varón y el sexo como atadura, como esclavitud. Como la maternidad no buscada. Algunas de sus ideas están exactamente en las de las «women's lib» de los Estados Unidos de hoy mismo: mucho más allá de donde estaba el simple feminismo de la época. Cuando murió su padre, ella tenía diecisiete años y una idea muy clara de su misión en la vida. Quería tener una hija, y que esa hija fuese una redentora. Pero no quería tener un marido al que servir, ni que compartiese esta propiedad de la hija. Sin embargo, era preciso que aquella hija tuviese un padre.

Aurora Rodríguez había leído mucho, tenía unas ideas muy concretas y muy claras de lo que en su época era científico: creía en los valores genéticos y hereditarios, y así como consideraba que ella —y la línea de su padre— podría transmitir una beneficiosa carga genética, necesitaba que el varón que engendrara a su hija fuese también un hombre sano de cuerpo y alma, y capaz de no inmiscuirse nunca más en su vida y en la de su hija. Para realizar sus planes, tenía que esperar su propia mayoría de edad —libre de tutores y administradores de una fortuna aceptable—, y la esperó perfeccionándose a sí misma, haciéndose digna de la misión que se había encomendado, y buscando el candidato a padre.

Por fin creyó encontrarle. Pero cuando le expuso sus deseos, el candidato se apartó de ella. Aurora detestaba el acto carnal, le parecía propio de animales, bajo y sin interés. Trataba de realizarlo una sola vez y sin ninguna pasión por su parte ni por la del colaborador, con el único fin de engendrar la hija perfecta. Finalmente, apareció un sujeto en El Ferrol que le inspiró suficiente confianza. Aurora Rodríguez creyó en él. Era marino y sacerdote (más tarde se sabría que en realidad era un cura al que se habían retirado las Ordenes por su vida irregular). Tenía la suficiente cultura como para dialogar de igual a igual con Aurora Rodríguez, que ya en aquellos momentos tenía unos conocimientos considerables. Aurora creyó que

la condición sacerdotal sería muy útil para que este hombre no quisiera nunca más entrar en su vida y en la de su futura hija. Por otra parte, tampoco era hombre que se mostrase indulgente para consigo mismo en el placer sexual. Comprendió las ideas de Aurora y se prestó al acto paternal asegurando que podría hacerlo con absoluta frialdad con respecto a la labor carnal, pero con una gran pasión espiritual, que era la de engendrar al ser superior. Estuvieron de acuerdo. Encontraron una casa aislada en las afueras de la ciudad, y una tarde invernal de 1913, Aurora sufrió en ella lo que llamó «dolorosa afrenta carnal». Parece que hubo de sufrirla dos veces más antes de que se produjese el embarazo. Cuando éste se confirmó, Aurora continuó su plan.

Nunca más volvió a ver a su extraño compañero. Salió de El Ferrol, se fue a Madrid, tomó una casa en la Guindalera y esperó el nacimiento de la redentora. Tenía que ser niña, «porque la Humanidad —decía— no se redimirá mientras no se redima la mujer». Nació, efectivamente, una niña, mientras en Europa estallaba la primera guerra mundial. La bautizó con el nombre de Carmen, para evitarse problemas con el santoral y con el Registro Civil, pero ya desde antes la llamaba Hildegart, y Hildegart se llamó durante toda su corta vida.

Una niña precoz

Es obvio decir que Aurora había estudiado a fondo todas las condiciones para la alimentación, el desarrollo, la crianza de los hijos, y que las cumplió con rigidez germánica. La niña sorprendía por su lozanía, por su desarrollo físico y por su inteligencia. También Aurora leía libros de pedagogía, y encargaba al extranjero juguetes especiales para desarrollar la inteligencia... Uno de sus primeros juguetes fue una máquina de escribir. ¿Era un equivalente del piano de Pepito Arriola?

A los tres años, Hildegart sabía leer y escribir; a los cuatro, manejaba con soltura la máquina de escribir. Aurora Rodríguez era avara del tiempo de su hija: ni diversiones, ni fantasías. Estudio y ejercicio. Cuando ya hablaba y escribía con soltura el castellano, Hildegart comenzó a estudiar otros idiomas, comenzando por el alemán (hay un considerable culto de lo germánico en Aurora



Aurora Rodríguez, madre de Hildegart, la había preparado minuciosamente para la misión defensora de los derechos de la mujer. Pero la asesinó en la noche del 9 de junio de 1934.

Rodríguez, como se va viendo); luego, el inglés y el francés.

A los diez años hablaba y escribía perfectamente en los cuatro idiomas. La madre y los profesores la instruían especialmente en dos materias: la filosofía racionalista y las cuestiones sexuales. A los nueve años tuvo una discusión bastante seria con un médico sobre cuestiones sexuales. «La mujer se pierde por el sexo —decía Aurora—; nada más peligroso para ella que su tiranía, frente de todas las debilidades y de todos los males que padece. Era imprescindible que Hildegart no cayera en esa trampa que esteriliza el talento de muchas mujeres y pudiese librar a otras de caer en el mismo cepo».

A los trece años, Hildegart había terminado el Bachillerato y comenzaba en la Universidad los estudios de Derecho, gracias a una dispensa de edad: era discípula de Julián Besteiro y leía con apasionamiento a Marx. Pero también tenía como profesor a Méndez Bejarano, que era republicano federal. Méndez Bejarano quería que la niña prodigio ingresase en su partido. Pero a los catorce años, en 1928, Hildegart eligió el socialismo. El 1 de enero de 1929 ingresó en las Juventudes Socialistas y en la Unión General de Trabajadores, ramo de Oficios Varios. Pero todavía su preocupación principal era la de terminar su carrera: era abogado antes de los diecisiete años.

Las primeras diferencias

Sin embargo, habían aparecido ya algunas diferencias con su madre. Puede decirse que el gran drama se había iniciado en secreto muchos años antes. Cuando Hildegart tenía cuatro. Por una pura casualidad, Aurora Rodríguez había tenido conocimiento de la verdadera personalidad del padre de su hija: corruptor de menores, incestuoso, con las Ordenes sacerdotales retiradas desde mucho tiempo antes de conocerla a ella. A la que había engañado. Dado su fanatismo por la genética y por la forma pura de engendrar, Aurora Rodríguez creyó desde ese momento que su obra estaba comprometida. La herencia genética paterna tendría, finalmente, que estropear a Hildegart... Luchó heroicamente para borrar aquella mancha, para contrapesar el defecto; pero a cada fallo de la niña, a cada contrariedad, pensaba fatalmente que la herencia del padre se hacía notar...

A la hora de elegir una vía política, Hildegart había ido por caminos distintos de los que hubiese querido su madre. El marxismo negaba a los socialistas utópicos, en los que Aurora había creído, y creía. Había creído también en Kropotkin, en Max Stirner, y tal vez en Schopenhauer y en Nietzsche... Aurora no estaba conforme con que Hildegart hubiese elegido el camino del socialismo.

Y ese camino la llevaba cada vez más lejos. En la primavera de 1929 —en plena dictadura de Primo de Rivera— Hildegart publicó su primer artículo en «El Socialista». No olvidemos su edad: apenas quince años. Artículo seguido de otros muchos, de una colaboración asidua. Al mismo tiempo, sus intervenciones en el Congreso de la Federación Nacional de las Juventudes Socialistas hicieron que fuese designada, por aclamación, vicepresidente. Y poco después comenzaría su trabajo práctico, en la calle, para la consecución de la Segunda República.

La caída de Primo de Rivera y su sustitución por Berenguer

—la «dictablanda» tras la Dictadura— permite mucha mayor libertad política, y la niña Hildegart vive en ella como el pez en el agua. En las Universidades, en los ateneos, en los periódicos, junto a Santiago Carrillo, Juan Siméon Vidarte, Sócrates Gómez, Navarro Ballesteros, Serrano Poncela, Sendín, Carlos Rubiera, Hernández Zancajo... La Juventud Socialista está a la izquierda del mismo partido del que forma parte; Hildegart participaba de este extremismo. Fue procesada, y su consejo de guerra no llegó a celebrarse: la proclamación de la República trajo la amnistía.

La decepción política

Pero con la República triunfante, Hildegart comienza a sentir una cierta amargura, una cierta decepción. La República burguesa no es la República revolucionaria; el partido socialista en el poder es un partido lento y conformista. Hildegart comienza po-

co a poco a separarse del partido. Sus actividades políticas se reducen. En la primavera de 1932 sus actividades públicas se reducen a los temas científicos: unas series de conferencias que después se recogerán en dos libros: «Política sexual» y «La rebeldía sexual de la juventud». Señalemos, una vez más, lo que suponen de anticipación estos temas en España, y prácticamente en el mundo. Hildegart, que no puede ejercer la carrera de abogado en razón de su edad, está estudiando Medicina: «Mucho más que las leyes —dice— me interesa el estudio del cuerpo humano y el posible desarrollo de sus ilimitadas posibilidades».

En sus intervenciones políticas comienza a ser crítica para con el partido socialista, especialmente cuando éste propugna a Azorín para cubrir una plaza de diputado: Hildegart manifiesta que Azorín es un conservador —como, en efecto, su historia anterior y posterior confirmarán—, independientemente de su talento literario, y que difícilmente puede convertirse en un diputado socialista, por mucho oportunismo que sea el sumar un nombre prestigioso. Efectivamente, la candidatura de Azorín fue abandonada: pero Hildegart, por este y otros motivos, llegó a ser expulsada del partido socialista. Otros muchos de sus compañeros de las Juventudes estaban ya fuera. Unos habían pasado al campo comunista; otros lo harían después. ¿Qué iba a hacer Hildegart?

La incógnita se aclaró pronto. Hildegart publicó un libro a fines de 1932 con el título de «¿Se equivocó Marx?» y un texto algo más afirmativo que lo que la interrogante inicial podía hacer suponer. Es imposible saber lo que este cambio de actitud debe a la presión continua de la madre: el hecho es que Hildegart vuelve a los santos maternos, a Proudhon y a los utópicos.

Para ella, el error de Marx es el de haber considerado que la revolución era sólo posible en medios industrializados y los pasos graduales de la sociedad hacia su evolución comunista final, cuando la revolución en Rusia había probado lo contrario. En cuanto al socialismo en sí, Hildegart cree que los comunistas y los anarquistas tienen razón cuando señalan que los diputados obreros son corrompidos por las instituciones burguesas que pretenden desarticular desde dentro.

Hildegart no se suma, como sus compañeros, al partido comunista —la crítica de Marx la ha apartado de él—, pero aunque

VIDA Y MUERTE DE HILDEGART

considere que este es el camino lógico, se muestra contraria al sistema: «No voy al comunismo porque, por instinto y razón, estoy en contra de las dictaduras, rojas o negras. Aunque resulte lógico y explicable, considero injusto que el proletariado oprima mañana a la burguesía de la misma forma intolerable y brutal con que ésta le explotó durante siglos».

Hildegart cambia de partido de una manera más bien insólita: se va hacia el partido federal. El partido republicano federal, originado en Pi y Margall y el cantonalismo, favorecedor de los movimientos obreros internacionistas, era escaso y en una oposición eterna. Probablemente, además de las enseñanzas de la madre, influyeron en Hildegart las enseñanzas de su antiguo catedrático Méndez Bejarano, la amistad familiar con Eduardo Barriobero y un cierto sentido romántico. Sus nuevos compañeros de militancia: Abel Velillam, el capitán Salvador Sediles —que había estado condenado a muerte cuando la sublevación de Jaca, precursora de la República—, el comandante Ramón Franco, héroe del «Plus Ultra»... Y al mismo tiempo inicia una lucha de renegada contra el partido socialista: su serie de artículos: «Cuatro años de militante socialista», publicados en «La Tierra», son hirientes. Hirientes y duras son las respuestas. Como el ambiente es duro, Aurora Rodríguez llega a temer por la vida de su hija. Y adquiere un revólver para defenderla, si el caso llega... Mientras tanto, continúa su defensa de los derechos de la mujer. Con otras esclarecidas mujeres políticas de la hora, consigue el voto femenino. «Venus ante el Derecho» es una de las obras que más popularidad le dan. Es fundadora de la Liga de Reforma Sexual, de médicos y juristas. En el Paraninfo de la Universidad de Valencia, Hildegart dio una conferencia en marzo de 1933, con el título: «Sexología»; exigía la abolición de la prostitución y la creación del delito de contagio venéreo; pide la educación sexual, la elevación de los derechos matrimoniales y familiares de la mujer, su libre consentimiento... Comienza una importante correspondencia con uno de los precursores europeos de la sexología, Havelock Ellis, a través del cual comienza a publicar artículos en revistas científicas europeas; su prestigio crece en Alemania, en Francia, en Inglaterra. Havelock Ellis y H. G. Wells, a quien Hildegart había servido de acompañante e intérprete en España, co-

mienzan a insistir para que se vaya a Londres y comience allí una vida que le prometen mucho más fecunda...

Empieza el misterio

A partir de este momento, datos y explicaciones comienzan a ser confusos. A Hildegart le quedan unos meses de vida. Su madre la va a matar con el mismo revólver que había comprado para defender su vida. Pero, ¿por qué? Se tiene el testimonio de la madre, pero falta el de la hija, el de la víctima. Víctima, probablemente, desde la infancia. No tiene vida propia. «No he tenido infancia», ha dicho una vez. No está teniendo juventud. La madre la acompaña continuamente, la vigila y la controla. Probablemente, la fuerza a que cambie más de una vez de ideas. Hay, probablemente, una cierta rebelión. Hildegart quiere aceptar el viaje a Londres, la madre no quiere. Apunta que todo está organizado por el Intelligence Service. (En esa época, el Intelligence Service británico representaba el papel de la CIA americana en nuestros días). Aurora Rodríguez teme que el gran ideal de concebir a su hija como una redentora de la mujer, se convierta en haber dado una espía más al Reino Unido. Probablemente, teme mucho más que se escape de sus manos, que otros la controlen. ¿Y si aparece un hombre en su camino?; a los dieciocho años, Hildegart no sólo es rigurosamente casta, sino que no ha tenido más tratos con hombres que los políticos y profesionales.

Se ha hablado de un compromiso matrimonial con un biólogo sueco: probablemente es una invención de la madre para apartar pretendientes... «En torno a Hilde —decía la madre— se realizaban muchas maniobras turbias... Unas para que sirvieran las aspiraciones políticas de gentes e ideas totalmente desacreditadas; otras, para utilizarla en empresas más confusas e inconfesables. Pero todas procurando alejarla de mi lado, desviándola de la senda que había soñado para ella, empujándola por detrás que eran la negación misma de cuanto debía y podía realizar. Yo veía claro el peligro; Hilde, no. Cada día era menor mi influencia sobre ella, y eran otros los que ganaban terreno en el espíritu de mi hija, hasta conseguir enfrentarla violentamente conmi-

go». Un artículo firmado por Hildegart en «La Tierra», pero probablemente escrito por su madre —al menos, eso dijo ella— se llamó «Cain y Abel»: explicaba el derecho del más fuerte. Cain es audaz, es implacable, sabe seguir su camino; Abel es conformista, resignado, cobarde. Puede ser que Aurora se identifique con Cain, con «el buen Cain», que ha sido injustamente tratado por la Historia... Y su hija, con Abel, que comienza a ceder, a perder terreno en la vida. La conformidad y la cobardía de Abel frustran la audacia de Cain... Pero, ¿por qué Hildegart aceptó firmar con su nombre esa tesis de su madre? ¿Qué extraña simbiosis se produce entre estas dos mujeres?

En el mes de junio, Hildegart planteó resueltamente a su madre el problema de su separación. Quería irse y vivir libremente, fuera de esta madre absorbente y dictadora —que probablemente representaba todo el odio que la muchacha sentía hacia las dictaduras de toda índole—. Hildegart llegó a plantear claramente el tema a su madre: «Dentro de dos, de tres días, como máximo, te diré adiós, quizá para siempre. Ya no eres más que un estorbo, un lastre en mi vida, que tengo que arrojar para poder levantar el vuelo».

Sin embargo, Aurora Rodríguez mantuvo que su hija la había rogado que acabase con ella, que la matase. ¿Por qué? «Al final, comprendió que yo tenía razón. No estaba a la altura de su misión, había defraudado mis esperanzas; se sentía débil y temió que, de seguir viviendo, se hundiría inevitablemente en el abismo que la anunciaba».

La noche del 9 de junio

En la noche del 9 de junio, tras toda una jornada de conversación, de discusión, Hildegart pidió a su madre que la matase. No tenemos más testimonio que el de Aurora Rodríguez. No sabemos cuál fue, en realidad, la conversación final, ni si Hildegart creyó que su madre retrocedería ante el asesinato, y que triunfaría ella en el dilema que la planteaba: o separarse, o morir. Sabemos sólo la confesión final de Aurora Rodríguez. Convinieron en que Hildegart moriría en pleno sueño. La muchacha tardó en dormirse. Cuando lo hizo, Aurora quedó sola, meditando en

lo que iba a hacer. A las cinco de la madrugada, Hildegart despertó, miró a su madre y le preguntó: «¿Todavía no, madre?». «Duerme, hija mía, duerme», replicó la madre, acercándose para besarla en la frente. Una hora más tarde, aproximó el revólver a la sien de su hija y disparó. Hilde se estremeció y exhaló un suspiro. «Yo he suspirado muchos años —decía Aurora—, y sé bien que aquel, aquel suspiro, nada tenía de dolor o de angustia; que no había en él desesperanza o pesadumbre. Era un suspiro de alegría sobrehumana, de exaltación mística, de liberación definitiva...». Aurora hizo un segundo disparo, junto al otro. Los dos fueron mortales de necesidad. Sin embargo, Aurora hizo un tercer disparo contra el corazón, absolutamente certero. Y un cuarto, disparado simplemente contra el cuerpo.

Aurora Rodríguez se cercioró de la muerte de su hija, se vistió y se encaminó a casa de su abogado, el cual la condujo a la Policía. El juicio se celebró el 24, 25 y 26 de mayo de 1934; ya no pudo defenderla su abogado, Botella Asensi, porque era ministro de Justicia. Se discutió la posibilidad de locura de Aurora Rodríguez, que ella negó. Antes, en los periódicos y en las calles, se habían hecho toda clase de interpretaciones, políticas y sexuales, sobre la verdadera naturaleza del crimen. Ninguna de ellas fue considerada en el juicio ni siquiera como verosímil. En sus palabras finales ante el Tribunal, Aurora Rodríguez rechazó la tesis de la irresponsabilidad, afirmó su perfecta cordura, habló con perfecta lógica. El abogado defensor intentó que callase, y no le atendió. El presidente del Tribunal le conminó a que se limitase exclusivamente a defenderse de los cargos hechos contra ella. Aurora dijo: «En ese caso, prefiero callarme», y se sentó en el banquillo. El Jurado negó que Aurora fuese víctima de un ataque de enajenación mental; los magistrados, después de una breve deliberación, pronunciaron la condena: veintiséis años, ocho meses y un día.

Fue trasladada a la cárcel de mujeres, pero no permaneció en ella mucho tiempo. En 1936, en los primeros días de la guerra civil, Aurora Rodríguez desapareció de la cárcel: no se sabe si salió libre, o si consiguió escaparse. Desde entonces no se ha sabido nada más de ella. Si viviese aún, Aurora Rodríguez Carballeira tendría ochenta y tres años. ■ Fotos: ALFONSO.